

DP 176

S2

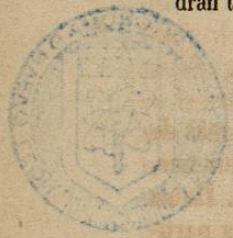
V. 2

HISTORIA

DE FELIPE II

ADVERTENCIA.

En el primer tomo de esta obra se hicieron varias llamadas á notas que se debían poner al fin, mas cuya insercion no tuvo efecto por causas que no estuvo en manos del autor el evitarlo. No son estas notas de grande interés; y como por otra parte importaban poco para la buena inteligencia del testo, no hay necesidad de insertarlas, hallándose ya fuera de su lugar correspondiente. Lo que contenian de alguna consideracion se embeberá, como se pueda, en los tomos sucesivos, y sobre todo tendrá lugar en los apéndices ó capitulos supletorios que pondrán término á la obra.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HISTORIA

DE

FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPITULO XXVII.

Estado de los Países-Bajos.-Torcida política del Rey de España.-Descontento general.-La princesa gobernadora.-El cardenal Granvela.-El príncipe de Orange.-El conde de Egmont.-El conde de Horn.-Situación de los partidos.-Conflictos.-Mensajes y cartas al Rey.-Acusaciones contra Granvela.-Salida de este de los Países-Bajos.

1560 - 1565. (1).

Pasemos ahora á un pais cuya historia nos toca mas de cerca, donde no era menos viva la pugna de opiniones, ni menos pronunciado el conflicto de los intereses. Habia sin embargo en los Países-Bajos una circunstancia particular que distinguia sus disensiones de las de Francia, Inglaterra y Escocia que acaban de ocuparnos. Estaba aqui encendida una guerra, propiamente civil, en que las partes contendientes pertenecian á una nacion misma. Cho-

(1) Strada, guerras de Flandes, Bentivoglio id-Thou ó Tunanus, historia sui temporis.—Vanderhammen, don Felipe el Prudente.—Terreras, Historia general de España.—Watson, historia de Felipe II y otros. Prescindiendo del diverso colorido que la diferencia de opiniones, de nacion ó de creencia, da á los hechos que refieren, el fondo del cuadro es casi el mismo.

006698

caban escoceses contra escoceses, franceses contra franceses, divididos por opiniones, por rivalidades de mando, de poderío, ó de cualquiera otra influencia en los asuntos del gobierno. En los Países-Bajos, al contrario, tenia la contienda el carácter de nacional, en que lucha un país contra un príncipe extranjero, en que las clases altas y bajas, de todas condiciones, se unen á la larga bajo la bandera de su independencia.

Nacido don Felipe en España, español tan de corazón como de cuna, español en hábitos, en costumbres, en inclinaciones; era un extranjero en los Países Bajos. Se consideraba en ellos su gobierno, no como nacional, formado y apoyado en las necesidades y simpatías del país, sino en medios tan extraños al pueblo, como el monarca que de ellos se valia. Parece, pues, que aconsejaba la política al rey de España proporcionase en el país algunos elementos de inclinación ó de favor, adherirse á mas clases, aunque no fuese mas que para neutralizar la preponderancia de las otras, dividir en fin para reinar, ya que el dominio moral del todo era imposible. Mas la política de contemporizar, de halagar, de servir á unas pasiones con objeto de combatir las otras, estaba poco en la índole del rey de España. No conocia mas que un arte de gobierno, á saber, la dominación, el ejercicio directo y abierto del poder, y una mano fuerte para reprimir á los que este poder desconocian. En nada se vió mas este carácter duro de Felipe que en el gobierno y administración de los Países-Bajos.

Comenzando por los grandes del país, si bien los dejó gobernadores de las provincias, como ya se ha visto, estuvo muy lejos de tener miramiento á las pretensiones de algunos de ellos que á condicion mas alta se creian con derechos. Quedó mortificadísimo el príncipe de Orange de no haber recibido el mando de todos los Países-Bajos; lo quedaron asimismo otros de no haber conseguido puestos mas altos que los que les asignaban. En tiempo del Emperador, que conocia mejor los hombres y las cosas,

gozaban estos grandes una parte de su favor y su confianza. Mas con Felipe II solamente merecian estas distinciones los de España. Los eclipsaba á todos el duque de Alba, cuya aversion á los flamencos se hacia sentir de un modo aún mas positivo que la del monarca. Apoyado este personaje en su favor, en sus grandes riquezas y en las ventajas debidas á su propio mérito, no disimulaba el sentimiento de superioridad con que á los otros contemplaba. Los grandes flamencos no eran por otra parte ricos: habia tenido la corte de España la política de hacerles incurrir en grandes gastos por medio de embajadas y otras comisiones honoríficas que los arruinaban. Los señores españoles gozaban de mas bienes de fortuna; y cuando se presentaban algunos en los Países-Bajos, desplegaban una magnificencia y esplendor que no podian menos de humillar el amor propio de los naturales.

Era la princesa de Parma verdaderamente natural de los Países-Bajos; mas aunque criada allí, no habia residido lo bastante para conocer, ni su índole, ni sus necesidades. Enlazada entonces con Octavio, duque de Parma, sin duda consideraba los Países-Bajos como un país extraño, donde sus intereses eran por precision de un orden transitorio. No estaba esta princesa bastante calculada para dominar moralmente y tener á raya si fuese necesario á los grandes del país, que se creian con derechos y méritos superiores á los suyos. Conoció sin duda Felipe esta desigualdad cuando le puso por consejero y director á Antonio Perenot de Granvela, obispo de Arras, uno de los personajes que gozaban mas de su confianza; mas esta política no fué acertada, y el correctivo probó ser de peor condicion que la medida misma.

Era hombre de capacidad y de gobierno este prelado; conocia los negocios y los hombres; se habia educado en todos los pormenores y secretos de la administración; era instruido, aplicado, laborioso, sagaz y entendido, firme y hábil, como lo habia acreditado ya en tiempo del emperador que le dejó á su hijo como uno

de los legados mas preciosos. Mas estas cualidades dañaron, mas que fueron útiles, á los verdaderos intereses de Felipe. Tan poca afición tenia á los Países-Bajos el ministro como el monarca; la misma inclinación é indole abrigaba de dominar por medio del tesoro, de la energía y la dureza que predominaban en el gabinete de Felipe. Entre sus cualidades no dominaba la popularidad, el arte de neutralizar lo duro de la administración con ciertas formas agradables, que si no satisfacían siempre, consuelan algo al amor propio.

Nombrado consejero de la Gobernadora, no podia menos de dirigir en grande los negocios y ser de hecho el verdadero gobernante. Deferia sin duda la princesa Margarita á sus consejos, cedia naturalmente á la superioridad del genio de su consejero, aunque debia de sentirse muchas veces humillada en la opinion pública al representar de hecho un papel subalterno y secundario: pero si este la privaba de aquella consideracion personal tan ansiada del que manda, amortiguaba al menos el sentimiento de desaprobacion y los tiros de la maledicencia que al ministro con particularidad se dirigian.

Aborrecian los grandes al prelado, algunos por agravios particulares, y todos por las formas duras é imperiosas de que su autoridad se revestia. Para el principe de Orange era objeto de singular antipatía. Sabia éste por sus emisarios la correspondencia directa en que estaba Granvela con el rey de España; que les ocultaba en el Consejo muchos negocios de importancia á él solo encomendados, y que en la mayor parte de las ocasiones eran solo consejeros nominales. Para aumentar su mortificacion envió al prelado la corte de Roma el capelo de Cardenal, sin duda por recomendacion y solicitud del rey de España; mas el obispo de Arras fué bastante cortesano para no revestirse de la púrpura hasta recibir la aprobacion de esta gracia, y aun el mandato de que usase de ella, de su soberano. Con esto se afirmó mas en el favor de este monarca, así como la

púrpura redobló la odiosidad con que sus rivales le miraban.

Sabia muy bien el nuevo Cardenal la animadversion de que era objeto, mas no trató nunca de neutralizarla por aquellos medios directos ó indirectos que curan tantos odios. Severo, reservado y altanero cuanto podia, se mostraba con los grandes de los Países-Bajos. Con el favor de su rey se creia bastante fuerte contra tantos enemigos, y como su política era el no ceder jamás, crecia su impopularidad á proporcion de su firmeza y energía.

En cuanto á las clases populares, propendian mas á la nobleza que á la corte, mirando en los primeros un apoyo, y un opresor extranjero en la segunda. Conocian demasiado los nobles su posicion para no cultivar estas disposiciones naturales y fomentar por todas las artes posibles una popularidad que tanto les servia. Encendido el país con contiendas religiosas imitaban la conducta de tantos grandes de Francia, manifestándose indulgentes, si no partidarios, de las nuevas sectas. Era herir en lo mas vivo la política y las miras de los altos gobernantes. Hacian en efecto grandes progresos en los Países-Bajos las nuevas doctrinas, cuya introduccion habia sido inevitable por las razones que hemos indicado en otra parte; y como este era el asunto principal, el que llamaba mas la atencion del rey de España, consiguiendo que la Gobernadora y su ministro se manifestasen duros é inflexibles contra innovaciones tan odiosas al monarca. Entraban en esta antipatía las ideas y sentimientos del nuevo Cardenal, no menos intolerante que su amo y no menos celoso que él en el establecimiento de los tribunales de la Inquisicion, único medio en su concepto, á lo menos el mas eficaz, para purgar el país de la herejía. Pero cuanto mas objeto de inclinaciones y de simpatía era para los gobernantes la creacion de este tribunal, mas odioso é impopular se iba haciendo cada dia en los Países-Bajos.

Por otra parte la formación de los nuevos obispados, grande golpe de política con que Felipe II pensó curar los males del país, contribuyó por su parte á hacer odioso y objeto de desconfianza su gobierno. Para dotar los nuevos obispos, se despojó de sus bienes á los abades seculares, lo que por precision excitó sus resentimientos, en que tomó parte el pueblo y hasta los mismos grandes, que con la introduccion de los nuevos obispos en los Estados vieron disminuida algun tanto su preponderancia. Para acabar de hacer odiosa la medida, se confirió al Cardenal el arzobispado de Malinas, ascenso que le presentó como un hombre interesado y egoista que recogia el fruto principal de una medida de que tan celoso y apasionado se mostraba. Con la indicacion de estos hechos no desmentidos por casi todos los historiadores, se tiene lo bastante para comprender muy bien que el gobierno de los Países-Bajos no estaba calculado, ni para la fusion, ni amalgama de todos estos intereses, ni para neutralizarlos todos y apagar su voz por medios materiales. Faltaba para lo primero el poder de la opinion, palanca principal de los gobiernos; era imposible lo segundo, porque estos medios materiales no podian ser mas que extranjeros, y justamente era la salida de las tropas españolas del país el objeto de los primeros clamores, de las primeras pretensiones de los Países-Bajos. Todos tenían un interes vital en deshacerse de estos instrumentos que creían de opresion y servidumbre, y los grandes mas que nadie. Ya sobre esto hicieron sus esposiciones al rey mientras residia en los Países-Bajos, manifestándole la necesidad de esta medida con un tono firme y resuelto, de que se enojó el rey, tan interesado en la quedada como los otros en la salida de las tropas. Tambien era contrario á la medida el Cardenal, que consideraba en estas tropas el apoyo principal de su gobierno. Mas el clamor popular era mas fuerte que todas estas consideraciones. Se mandó primero que estas tropas se reuniesen en la

provincia de Zelanda, y en esta misma disposicion se creyó ver un designio de servirse de ellas, haciéndoles caer de golpe en cualquier parte. Hubo en dicha provincia alborotos y cesó el trabajo en los diques y arsenales. Los huéspedes aborrecian naturalmente al país en proporcion de lo que eran en él impopulares, y por lo mismo en lugar de curar esta llaga se irritaba cada dia. Al fin pudo la Gobernadora, á fuerza de súplicas y esposiciones á Felipe, hacerle ver lo indispensable, lo urgentísimo de la medida, y las tropas se embarcaron con direccion á España.

Trató la Gobernadora de dar nueva organizacion á las del país, haciendo que los capitanes de los tercios dependiesen directamente de los Gobernadores de las provincias y castillos, en lugar de los maestros de Campo ó coroneles. Pero euando mas ocupada estaba en este asunto, le ordenó Felipe que enviase á Francia dos mil hombres de á caballo que iban de refuerzo al ejército católico de aquel país, donde ejercia tanta influencia el rey de España. Mas de esta multiplicidad de negocios y atenciones no podia menos de resentirse el régimen y bienestar de muchos puntos de la monarquía.

Contra esta medida reclamó muchísimo la Gobernadora, exponiendo el vacío que tan gran número de tropas iba á dejar en el país; los grandes la resistieron igualmente, porque siendo todas ellas flamencas creían tenerlas á su devocion particular en caso de un conflicto. Mas aunque se mostró en un principio inflexible el rey de España, pudo parar el golpe la Gobernadora, enviando á Francia un auxilio pecuniario en lugar de la gente prometida.

Se planteaban con gran dificultad los nuevos obispados, medida impopular y cuya odiosidad agravaban los enemigos del gobierno. Miraban, en particular los de la provincia de Brabante, como un atentado á sus derechos, alegando que no se podia hacer variaciones en la parte administrativa y económica de la Iglesia sin el con-